

Sección I

Introducción

1

El funcionamiento familiar

Sergio Barroilhet Diez y Valentina Iacobelli

La familia es la unidad básica de la sociedad, independiente de las características culturales que posea; y se espera de ella que, de acuerdo con sus posibilidades, cubra las principales necesidades de sus miembros y transmita a las nuevas generaciones los valores culturales, morales y espirituales de cada sociedad (Unicef, 1976). Asimismo, la vida familiar es el sustrato básico de las relaciones humanas, ya que es allí donde se originan las primeras formas de interacción con otros, poniéndose en juego las características individuales de cada uno, con elementos sociales y culturales.

Dada la implicancia de las familias en el desarrollo de los individuos, adquiere importancia conocer cuáles son los aspectos centrales que inciden en un adecuado funcionamiento familiar. El constructo “familia funcional” hace alusión a la capacidad de adaptación de la familia, dado su carácter dinámico, por lo que se prefiere la utilización de esta denominación a otras alternativas, como “familia sana” o “familia normal” (Simon et al., 1997).

El funcionamiento familiar no depende únicamente de aspectos “intra-familiares” (como la interacción entre sus miembros). También es influenciado por factores intrapsíquicos, sociales, culturales, religiosos, entre otros, los que pueden comprenderse a la luz del modelo de desarrollo PPCT (Person – Process – Context – Time) planteado por Urie Bronfenbrenner (Tudge y Karnik, 2009). Este autor plantea que el desarrollo humano ocurre a través de procesos de interacción recíproca que progresivamente van siendo más complejos, en los cuales es levante la repetición de estas interacciones

sobre bases estables. Este proceso se encuentra influenciado por las características personales y también por factores contextuales, ya sea a nivel de microsistemas (por ejemplo, la familia) o macrosistemas (por ejemplo, las bases culturales de la comunidad o el país donde una familia vive). El último elemento del modelo se refiere al tiempo, esto es, que los procesos de desarrollo se verán influenciados por eventos históricos. Estos eventos pueden ocurrir en el interior de la familia, como por ejemplo la muerte de alguien; o pueden suceder en un contexto más amplio, como sería el caso de una guerra.

En forma consistente con lo anterior, puede decirse entonces, que ni las personas ni sus problemas existen en el vacío. Ambos están íntimamente ligados a sistemas recíprocos más amplios, de los cuales el principal es la familia (Gerson y McGoldrick, 1987). Quizá por eso es que una de las teorías que ha brindado un extenso aporte a la comprensión del funcionamiento familiar es la Teoría de Sistemas (Simon et al., 1997).

Un sistema se define como “una entidad mantenida por la mutua interacción de sus partes” (Davidson, 1983), lo que dicho de otro modo, se refiere a “un grupo de partes interrelacionadas sumada al modo en que funcionan en conjunto” (Nichols y Schwartz, 2001). De acuerdo con esto, una familia puede ser entendida como el grupo de miembros familiares sumado al modo en que interactúan como un todo funcional (Nichols y Schwartz, 2001). Por tanto, el carácter único del grupo familiar dinámico no puede ser simplemente reducido a las características de los individuos, o las interacciones entre pares de miembros (Epstein y Bishop, 1973). Por el contrario, el funcionamiento físico, social y emocional de los miembros de una familia es profundamente interdependiente. Los cambios en una parte del sistema repercuten necesariamente en otras partes del mismo y existen reglas explícitas e implícitas que, sumadas a los actos de los miembros, gobiernan, monitorean e influyen en el comportamiento de cada uno.

El modelo sistémico se basa en algunos conceptos metafóricos fundamentales. Uno de los principales es el de organización, ya que la familia es un sistema compuesto de elementos organizados a causa y a través de la naturaleza de sus relaciones. Debido a que los sistemas vivos son dinámicos en sus características, la consistencia de las relaciones organizacionales entre sus elementos es muy relevante. De este concepto se desprenden tres principios que son descriptivos de las características organizacionales

de las familias. El primero es totalidad (wholeness), es decir, que “el todo es más que la suma de las partes”. El segundo es la existencia de límites o fronteras (boundaries), que se basa en la suposición de que si en un sistema familiar los miembros se relacionan de una manera consistente, entonces también existen límites entre ellos que están determinados por la naturaleza de sus relaciones. La importancia de los límites radica en que éstos son determinados por “las reglas que definen quién participa y cómo participa” en la familia o subsistema (Minuchin, 1974). Los límites permiten diferenciar y desarrollar las estructuras; en consecuencia, cualquier deficiencia en su demarcación podría llegar a originar una estructura patológica (Simon et al., 1997). Finalmente, el tercer principio es jerarquía, es decir, los sistemas y subsistemas familiares se organizan en jerarquías lógicas o “tipos lógicos” en los cuales un orden inferior de tipos lógicos constituye un elemento incluido dentro de un orden superior. Dentro del marco de la terapia familiar, la corriente teórica estructural-estratégica considera que una jerarquía interna clara e inequívoca es requisito necesario para el adecuado funcionamiento familiar (Minuchin, 1974).

Otros conceptos fundamentales dentro del modelo familiar sistémico son los de morfostasis y morfogénesis. El primero se refiere al hecho de que las familias se comportan de forma predecible y de acuerdo a patrones, debido a que operan en conformidad con principios reguladores morfostáticos. Es decir, las familias tienden a establecer un sentido de equilibrio o estabilidad, y a resistir cualquier cambio en este nivel predeterminado de estabilidad. Este concepto incluye los términos homeostasis y regulación cibernética, que aluden a la capacidad de los sistemas vivos de mantener una constancia en el medio interno frente a los cambios en el medio externo. Por tanto, se trata de un concepto dinámico que se centra en la descripción de cómo las familias son capaces de mantener una integridad organizacional y funcional frente a alteraciones potenciales en el medio interno y/o externo (Jacobs, 1987). Este concepto se complementa con el de morfogénesis, el cual se refiere a la formación y desarrollo de las estructuras en un sistema, ya que la funcionalidad de una familia a largo plazo depende, como en todo sistema, de la medida en que las estructuras sean capaces de cambiar (flexibilidad / adaptabilidad) (Simon et al., 1997).

En resumen, durante su desarrollo, los miembros de la familia se enfrentan con la tarea constante de reorientar y redefinir sus relaciones recíprocas (lo cual se ha denominado coevolución). Si bien la necesaria reestructura-

ción de la red de relaciones familiares exige flexibilidad y capacidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes, también debe haber estabilidad a fin de mantener un marco de referencia confiable dentro de la familia. En una familia funcional la estabilidad y la flexibilidad están equilibradas y tienen que ser constantemente renegociadas.

Como ya se ha podido apreciar, para plantear un modelo de funcionamiento familiar, se deben considerar una gran cantidad de variables en distintos niveles, lo que constituye una limitación práctica para cualquier validación empírica de dicho modelo.

Para subsanar esta limitación, los teóricos e investigadores en terapia familiar han hecho un esfuerzo en definir y distinguir aquellos “factores primarios” o “variables esenciales” que califican un funcionamiento familiar de funcional o disfuncional. Esta simplificación en beneficio de la aplicación clínica de un determinado modelo, implica siempre el riesgo de sacrificar la capacidad del modelo en captar la riqueza y diversidad del fenómeno familiar (Steinhauer, 1987). Algunas de estas variables “esenciales” se refieren a las estrategias de resolución de problemas, el clima emocional en la familia, la capacidad de cambio durante el curso del ciclo vital familiar, la capacidad para equilibrar la proximidad y la distancia en las relaciones intrafamiliares, y la formación de fronteras generacionales funcionales.

En cuanto a la resolución de problemas por ejemplo, según Riskin y McCorkle (1979) incluso las familias que funcionan bien resuelven los problemas con diversos grados de éxito, y requieren lapsos diversos para hacerlo. Sin embargo, las familias funcionales evitan paralizar o fijar sus procesos interaccionales. Los conflictos suelen ejercer un efecto positivo en las familias funcionales en cuanto a que estimulan los cambios necesarios para su desarrollo. Según Weakland y colaboradores (1974), las familias funcionales son capaces de abandonar las estrategias de resolución de problemas que han resultado ineficaces, y formular creativamente estrategias alternativas. Esta actitud se diferencia de la que asumen las familias disfuncionales, las cuales tratan de resolver sus problemas repitiendo estrategias ineficaces, culpando a alguien, con reacciones emocionales excesivas, o simplemente negando que exista algún problema. Según esta visión, las “soluciones” de las familias disfuncionales a menudo constituyen el problema (Simon et al., 1984).

Corrientes terapéuticas actuales y sus teorías acerca del funcionamiento familiar

Aunque se abordará con más detalle en la sección de Intervención de este manual, cabe señalar ya que hay modelos teóricos con aplicaciones terapéuticas que no se pronuncian sobre la pregunta de la funcionalidad/disfuncionalidad familiar de manera explícita, pero que poseen una visión implícita, la cual se expresa en las hipótesis que se plantean a la hora de comprender qué aqueja a una familia y cuáles son las vías para restaurar su armonía.

Entre ellos tenemos al Modelo Estructural, el cual plantea que toda familia tiene una estructura, la cual es definida como un conjunto invisible de demandas funcionales que organizan los modos en que interactúan sus miembros (Minuchin, 1984). Dentro de los componentes de la estructura se encuentran los subsistemas, jerarquías, límites o fronteras, y alineaciones. Para la funcionalidad familiar es necesario que exista una clara definición y delimitación de estos componentes, con la suficiente flexibilidad para favorecer la acomodación familiar a los diferentes contextos y etapas dentro del ciclo vital familiar, de tal forma que cada uno de sus miembros pueda desarrollarse. Cuando esta organización tiende a la rigidez o a la confusión, se dificulta la capacidad de adaptación de la familia y se tiende al estancamiento. Por tanto, la meta es favorecer la reorganización familiar y aumentar la flexibilidad de las estructuras subyacentes, para ayudar a la familia a adaptarse a las circunstancias cambiantes (Nichols y Schwartz, 2001).

En segundo lugar, y ligado al anterior, se encuentra el Modelo Estratégico, el cual adopta definiciones del modelo estructural pero se centra en los procesos de comunicación. En este caso habría disfuncionalidad familiar cuando existen problemas de comunicación generados por una forma de organización que funciona de manera inadecuada, debido a confusiones a nivel de la jerarquía. Esto generaría síntomas en algún miembro, que si bien producen malestar, tendrían una funcionalidad, la cual es mantener la homeostasis familiar. Por consiguiente, la terapia estratégica intenta comprender el síntoma individual desde la perspectiva del funcionamiento familiar, y el objetivo terapéutico sería modificar las secuencias, reglas y significados de la interacción familiar (Simon et al., 1997).

En tercer lugar encontramos al Modelo Transgeneracional, el cual visualiza a la familia como el escenario relacional actual, en que se ponen

en juego elementos significativos de su historia familiar que se transmiten a través de sus miembros, de generación en generación. Estos elementos operan a través de matrices de significado, relatos, metarelatos o narrativas que han cumplido una función importante desde el punto de vista transgeneracional, pero que dificultan el funcionamiento familiar en el contexto actual. El foco del trabajo terapéutico es entonces comprender y trabajar relacionamente en el aquí y en el ahora, pero incorporando elementos de la historia de origen en la creación de significados. La terapia tendría por objetivo proporcionar a la familia y sus integrantes, mayores niveles de diferenciación, lo cual redundaría en la adopción de los procesos propios de las familias funcionales (Nichols y Schwartz, 2001).

Finalmente, podemos hacer referencia a los enfoques postmodernos, basados en el constructivismo y construccionismo social. Estos se concentran en explorar los supuestos o creencias a la base de los problemas que aquejan a la familia, puesto que los sistemas de creencias influirían en la percepción de la realidad. Consecuentemente al evaluar una familia, sería importante considerar las metáforas centrales que constituyen las narrativas personales, así como los sistemas de significado compartidos. En este modelo, la disfuncionalidad podría estar dada por la impermeabilidad del sistema a nuevas experiencias y nuevos significados. En terapia se trabaja en la co-construcción de un sentido de realidad nuevo, lo que permite construcciones más útiles respecto del problema (Nichols y Schwartz, 2001).

Modelos para la valoración del funcionamiento familiar

Especialmente desde mediados de la década de 1970, diversos autores han propuesto varios modelos que combinan e integran diversas líneas teóricas, ofreciendo formulaciones generales que valoran ciertos aspectos del funcionamiento familiar atribuyéndoles una potencia configuradora de funcionalidad o disfuncionalidad. Según Glick y colaboradores (2000), ningún modelo ha considerado la totalidad de los aspectos relevantes. A continuación mencionamos algunos de los más importantes.

Satir (1964), partiendo de la observación de los modelos de comunicación característicos de las familias disfuncionales, ha formulado varias reglas de comunicación que, a su juicio, garantizarán la funcionalidad de la familia. Estas reglas consideran un estilo de comunicación funcional que

presenta aptitudes para resolver problemas, y capacidad para la internalización y equilibrio entre la proximidad y la distancia, lo cual hace posible la “individuación conexas” (Simon et al., 1984).

Kantor y Lehr (1975) utilizaron los patrones de procesamiento de la información y las estrategias para mantener la distancia entre los miembros de la familia, para subdividir las familias en tres categorías: cerradas, abiertas y aleatorias (random), en cada una de las cuales pueden encontrarse familias disfuncionales y funcionales (Steinhauer, 1987).

Broderick y Pulliam-Krager (1979) ven, más que el síntoma (ej. comunicación desordenada), la alteración subyacente en el establecimiento y mantenimiento de las fronteras a las que predisponen y perpetúan la comunicación disfuncional (Steinhauer, 1987).

Epstein y colaboradores (1978, 1983) proponen el modelo McMaster, un modelo altamente pragmático, que se centra en aspectos del funcionamiento familiar que son considerados centrales para la salud (o patología) emocional y física de la familia y de sus individuos (Steinhauer, 1987). Estas dimensiones de funcionamiento familiar en parte se superponen, en parte se diferencian en tres esferas de tareas que deben ser abordadas con eficacia para que la familia funcione adecuadamente (Simon et al., 1984). La selección de estas “esferas centrales” se basa fundamentalmente en la experiencia clínica, académica, y de investigación de los autores, durante casi tres décadas, en el ámbito de la terapia familiar (Steinhauer, 1987). Abordaremos este modelo con más profundidad en la siguiente sección.

Olson y colaboradores (1983) desarrollaron el Modelo Circumplejo que considera las dimensiones cohesión (desligada, separada, unida, aglutinada), adaptabilidad (caótica, flexible, estructurada, rígida) y comunicación, como representativas del funcionamiento familiar. Utilizando el FACES –en su cuarta versión en la actualidad– y una escala clínica (Clinical Rating Scale) el modelo clasifica a las familias en 16 grupos en un plano bidimensional de acuerdo al grado de cohesión y adaptabilidad. Las familias pueden ubicarse en zonas equilibradas o zonas extremas, que serían equivalentes a zonas funcionales o disfuncionales, respectivamente. La dimensión comunicación se considera facilitadora “decisiva para los movimientos en las otras dos dimensiones”.

Finalmente, Beavers y Hampson (1990) clasifican a las familias a lo largo de 2 ejes, que son competencia y estilo de interacción. La primera se

refiere a la habilidad de la familia para llevar a cabo sus tareas. El segundo se enfoca en una faceta del comportamiento, la tendencia de la familia a interactuar centrípetamente (dirigirse hacia el interior de la familia donde se encuentran los principales proveedores del apoyo emocional), o centrífugamente (dirigirse a fuentes externas a la familia en la creencia de que tienen más que ofrecer que la propia familia). En revisiones posteriores, Walsh (1993) presenta la manera de definir si una familia es funcional o no, que consiste en si los patrones familiares característicos permiten que exista flexibilidad y movimiento en respuesta al estrés. Para ser funcional, un sistema familiar debe tener ciertas características. Walsh, resumiendo el conocimiento en esta área, identificó 10 procesos que caracterizan a las familias funcionales (Tabla 1).